

Una Cita con el Diablo

Don Emeterio Valdés Fuentes había presenciado los portentos con cierta ecuanimidad. Era un oprobio a su condición social el tener que estar sentado en la penumbra en esta choza, rodeado de patanes estúpidos, las manos cogidas en cadeneta alrededor de una mesa baja con cuatro velas rojas de sebo encendidas. El desdén aún torcía el margen de su boca cuando los últimos ladridos de “Puchi” se iban disolviendo en la distancia, acompañados por los suspiros de la solterona que había evocado su espíritu.

Viendo que el anciano pordiosero a su derecha se aclaraba la garganta como para hablar, Don Emeterio no esperó más. Frunció el ceño, se concentró profundamente, y llamó:

“¡Gertrudis... Gertrudis.... Ven a mí, Gertrudis!” Según pasaban los segundos, su voz se fue haciendo más imperiosa, con la práctica de una persona acostumbrada al mando. Sin embargo, el cuerpo rígido y las manos que oprimían las de sus vecinos de cadeneta delataban una ansiedad vergonzosa.

La mirada de la negra médium continuaba concentrada, sin verlas, en las vigas del techo. Al rato, su quijada se abrió y cerró como masticando, los labios le temblaron; todo el cuerpo se agitó en convulsiones erráticas, como si cada músculo tuviera vida propia y se declarara en rebeldía. Finalmente, rompió a gemir con su voz gruesa y resonante:

“Emeterio... Emeterio... ¡Sácame de aquí! ¡No puedo aguantar más esta agonía! ¡Rescátame, por lo que más quieras!”

Una mueca de fastidio se pronunció en el rostro de Don Emeterio, ante el torrente de súplicas, quejidos y sollozos. A duras penas logró intercalar una respuesta:

“Gertrudis, tranquilízate. Si sigues berreando así no podremos conversar...”

Esta vez no fue la voz de la médium, sino otra muy aguda la que lo interrumpió:

“Claro, a ti te es fácil decirme que me calme, porque tú no estás pasando por estos dolores. Emeterio, ¡he caído en el infierno! ¡Yo! ¡La presidenta de la sociedad de damas católicas! ¡Yo, en el infierno! ¡Qué horror! ¡Qué injusticia más grande!...”

“Lo suponía, Gertrudis. Por eso fue que te invoqué.”

“¿Lo suponías? ¿Por qué? ¿No fui siempre una fiel esposa, buena madre, católica devota? ¿Cómo te atreves?”

“Me dio la impresión. Quizás fue el aborto que le demandaste a nuestra hija, o la forma de tratar a las criadas, o tu manera de comportarte en general. Pero el caso es que necesito tu ayuda.”

Una Cita con el Diablo

“¿YO ayudarte a TI?” Yo soy la que necesito ayuda, que vayas a ver a tu socio el cardenal a ver si intercede por mí, o le hagas una donación al papa, lo que sea. ¡Te lo imploro, Emeterio! Por piedad, ¡¡haz algo!! ¡¡Sácame de aquí!!”

Siguió una retahíla de frases incoherentes, súplicas y gemidos que brotaban de los labios de la negra, quien se había desasido de la cadena y se estrujaba las manos, atormentada.

¿Qué haré para callar a esta mujer? Está histérica, como siempre. “Basta ya, Gertrudis. Escúchame” gritó. “Ya veré qué puedo hacer por ti, pero ahora préstame atención.” Un breve silencio, que aprovechó para continuar:

“Primero necesito hablar con Satanás.” Pronunció las palabras con gran cuidado, recalcando cada sílaba. “He tratado por todos los medios, incluso clamando por él en sesiones como ésta. En vano; nunca me contesta. Quiero que tú me lo traigas, pues quiero proponerle un trato.”

“¡Emeterio, tú deliras!” aulló la voz. “¿Cómo voy a poder yo....”

Esta vez Don Emeterio fue quien interrumpió. Con voz acerada replicó: “Tú siempre te saliste con la tuya, Gertrudis. Nadie te pudo poner coto. Si hay alguien capaz de hacer bajar al diablo a este cuarto inmundo, ese alguien eres tú. Te lo pido no solo por mí, sino por el bienestar de nuestra hija Alicita, por ella es que debo hablarle.” Esto último lo añadió en voz baja, revistiendo su mentira con un barniz de ternura paternal. “Después que termine de tratar con él, de inmediato te daré auxilio.” Dos mentiras tienen más peso que una, pensó.

Un suspiro muy hondo Un “está bien” trémulo.... Un silencio muy profundo. Todos los presentes contemplaron a la médium, más muerta que viva, que se había derrumbado en una butaca de florones azules. Apenas respiraba.

Mucho, mucho después, la negra se incorporó de un salto, como acometida por una descarga eléctrica, haciendo flotar los pliegues de su bata blanca. Hubo quien recordó después el percibir un olor ácido, como de azufre, que se mezclaba con el vaho apestoso de las velas en medio de la mesa. Una voz infrahumana quebró el silencio:

“¿Qué quieres, Emeterio?”

“¿Por qué te has hecho tanto de rogar?” replicó Don Emeterio con aspereza.

“Porque sé para qué me llamas, y no me interesa” fue la respuesta desdeñosa.

“No lo creo. Mira, te ofrezco venderte mi alma. Te la entrego a cambio de que hagas que pueda retornar a mi patria y recobrar todo lo que perdí. ¿Qué te parece?”

Una Cita con el Diablo

“¿Y por qué voy a querer traficar con tu alma? Para que exista un trato, tiene que haber intercambio de valores. Para que se produzca un diálogo, se necesitan dos interlocutores. Y yo no deseo negociar ni conversar contigo. No me interesas.”

“¿Cómo vas a rechazar el alma que te ofrezco? Mejores, no las hay. Yo respeto las leyes, siempre cumplo con mis obligaciones de cristiano, he asistido a misa cada domingo excepto la vez de la apendicitis. Siempre fui fiel a mi esposa, buen padre, buen amigo. ¿Qué tiene de mala mi alma?”

“Tienes tan mala memoria como tu mujer,” respondió la voz, con evidente burla. “¿Te acuerdas, por ejemplo, cuando usaste a la Guardia Civil para mover los linderos de “La Colonia” y despojar a Julián Pérez de casi todas sus tierras? Él se desesperó, y lo llevaste al suicidio. Aquí lo tengo desde hace años. ¿Y qué me dices del negocio de las papas en el 51, cuando Ortega y tú se pusieron de acuerdo para bajar los precios y arruinar a los pequeños colonos? A muchos de ellos me los gané gracias a esa linda maniobra. ¿Y te acuerdas de la hija de Rodríguez, que no sólo la violaste a pesar de ser menor, sino que la arruinaste contándole a todo el mundo de tu hazaña aquella borrachera de fin de año? ¿Y lo de las elecciones de...?”

“Basta, basta,” imploró Don Emeterio. “Es cierto que he pecado algo, pero también he sufrido mucho. Ya son cuarenta años de este destierro cruel, viviendo en la miseria, víctima del desdén o peor, la familiaridad de gentuza que en la patria nunca se hubieran atrevido a sostenerme la mirada.”

“El sufrimiento no da derechos, Emeterio. Sufrir no tiene mérito. Tú has pasado por todo eso, primero porque te lo merecías, y además porque no eres suficientemente macho para hacer nada por evitarlo. Pero dime,” preguntó la voz con falsa dulzura, “qué piensas hacer con los que causaron tu caída y se aprovecharon de ella? ¿Vas a perdonar a los que se repartieron tus tierras, a los que viven hoy en día en tu mansión?”

“¡A ese hijo de puta de Acosta que se apropió de mi hacienda, a ése no lo salva nadie! En cuanto a los otros ... los expulsaré de inmediato de mis tierras, y se irán para el carajo a menos que acepten volver a arrendar conmigo, como antes!”

“Sí, como antes” fue el comentario irónico. “Tus sufrimientos, reales o ficticios, no te han ganado nada, porque aun eres el mismo Emeterio Valdés Rosas que abandonó su patria cuando se fue “de vacaciones” en 1960. Tu alma está tan lejos de redimirse como lo estaba entonces. Es una lástima, porque me harías gran servicio si te dejara volver a tu tierra, siendo como eres.”

“¿Qué quiere decir eso?”

Una Cita con el Diablo

“Cómo tú sabes, me guían fuerzas oscuras y vengativas, el rencor, la ambición, los deseos de venganza, la envidia, el ansia por el poder, el triunfo del caos sobre el orden. En fin, que soy lo más representativo posible del alma de los humanos, y la tuya en particular, así es que sería un buen agente mío.”

“¡Si no me ayudas, no me sirves para nada, demonio,” escupió Don Emeterio, ciego de rabia. “¡Tú estás al servicio de los ladrones y los extremistas, nada más te falta decir que ellos son mejores que yo!”

“Algunos lo son,” apuntó la voz con dureza. “Por lo menos, hay quienes actúan con buenas intenciones. Pero vamos a terminar, Emeterio. Me voy, pero ya nos veremos de nuevo, más pronto de lo que te imaginas.”

“¿Y no aceptas mi oferta?” repitió Don Emeterio, incrédulo.

“No. ¿Para qué voy a pagar por lo que ya me pertenece? Tú, como gran comerciante, sin duda harías lo mismo. Hasta muy pronto.” Y remató estas palabras con una carcajada larga que resbaló, como un escalofrío, por la médula de todos los presentes.

Cuando Don Emeterio logró recuperarse del impacto de la profecía, su rabia impotente fue a vaciarse sobre la vidente, quien yacía desmadejada en la butaca de florones.

“¡Negra de mierda!” exclamó, blandiendo el puño en amenaza. “¿Crees que me has engañado? De Don Emeterio Valdés Fuentes no se burla nadie, desgraciada!” Y ya se abalanzaba sobre la infeliz cuando varios brazos lo detuvieron, y a duras penas lograron arrastrarlo fuera de la choza.